



El escultor
Edmundo Prati
1889-1970

Fue uno de los grandes escultores con que ha contado nuestro país. Unió a su refinado equilibrio clásico y sereno, el sagrado fuego creador que abría alas ariéticas sobre el mármol o el bronce, ungiendo de vuelo su obra perdurable. Queda su nombre unido para siempre al de los artistas mayores del Uruguay.

A large group photograph of a school class, likely a Sunday school or confirmation class, from the early 20th century. The students, both boys and girls, are posed in four rows. The front row is seated on the floor, while the subsequent rows are standing. They are dressed in formal attire typical of the era, including white shirts, ties, and dresses. The background is a plain, light-colored wall.



Una lejana promoción escolar. El autor, en la primera fila (tercero, a partir de la izq.) e' único que sonríe, con esa sonrisa que es característica de su vida

EL Centro Artesano es testigo de la fundación de un pueblo. Más que testigo, parte de su génesis; protagonista de su historia. No se concibe a la Villa de Peñarol sin el Centro Artesano, como no se concebiría a la U.T.E. sin el Parque de Vacaciones, salvando las diferencias.

Nació en Bella Vista en 1883. Nueve años después renació en Peñarol, a campo abierto, conjuntamente con los talleres del Ferrocarril Central (hoy A.F.E.), en terrenos de casi veinte hectáreas que hasta 1889 habían pertenecido al Dr. Adolfo Pedralves, los hermanos Pedro y Alfredo Margat y el vecino Pedro Viglietti. Y en torno suyo, a derecha e izquierda, a Norte y Sur, fue naciendo la comarca.

Inicialmente las "casas de la Compañía": dos cuerpos dobles de viviendas en block, cuarenta y dos unidades, de blancos muros a la cal, para hogar de los primeros empleados y obreros. A la vez y en predio independiente —y portones adentro— las enjardinadas residencias para jercaras, confortables y luminosas, con paredes de ladrillo a la vista; es decir, a la vista mientras la hiedra trepadora no escalara altura, porque más rápido de lo que se esperaba comenzó a cubrirlas de verde oscuro, dándoles un tono de austeridad claustral, que imponía el signo ceñido de la distancia.

Con el tiempo él vio como, poco a poco, iban delineándose calles, rellenándose zanjones, desapareciendo lagunas. El oyó el estampido de los cohetes en domingos de remates. Y oyó los comentarios de las ventas de solares. Y cómo cobraba popularidad la palabra "cuota". Y vio cómo cundía el sentido de la propiedad. Y cómo el martillo golpeaba sobre el cabezal de los mojones. Y cómo el alambre cumplía sus funciones demarcatorias, dando trabajo a escribanos y agrimensores. Y cómo la piedra y el ladrillo, la cal y el zinc, se asociaban en las manos del hombre para transformarse en viviendas. Modestas, sencillas, rústicas a veces, a imagen y semejanza de sus habitantes.

El vio, a la hora "del pito" del taller, cómo crecían y crecían las columnas de artesanos de drill azul, que franqueaban el portón y colgaban su número en el "chapero" para iniciar la jornada.

Y se familiarizó con el rechinar de locomotoras, vagones y con los ruidos ensordecedores de sierras, martinetes y mil herramientas en acción, que de lunes a sábado atronaban el espacio.

El vio como se afincaban los obreros ferroviarios, de origen itálico muchos de ellos, cuando no de las tierras de Rosalía de Castro. Y cómo le brotaban los almácigos y le crecían las lechugas y le florecían los durazneros y los rosales. Y cómo el parral se transformaba en comedor de verano, al aire libre.

El vio aumentar el número de casas y comercios, luego el número de manzanas edificadas y más tarde el número de familias y, finalmente, la realidad de hoy: una densa población, de vida propia, carácter propio, identidad propia, ya con aire cosmopolita de ciudad, alineada en la evolución de todas las conquistas de la civilización y el confort.

Al camino de barro sucedió la carbonilla, más tarde el macadam, posteriormente el adoquinado y en último término el hormigón. Donde antes se hundían hasta el eje los carros del molino con sus cargas de harina —teniendo que sacarlos con dos yuntas de bueyes— ahora se podría practicar el deporte del patín.

El vio cómo el "tren obrero" gratuito de Central a Peñarol, instituido por la Compañía para sus servidores, hizo desaparecer el "carro de los obreros" de Chimino y también el de Aparicio, que transportaban desde distintos puntos de la ciudad a los ferroviarios de los talleres.

El vio llegar la luz eléctrica en 1924 y también las aguas corrientes y el ómnibus 147 por la misma época; y sucesivamente el 82, el 174, el 405, el 411 y el 522.

Luego vino la nomenclatura de las calles, porque hasta entonces el vecindario se manejaba con puntos de referencia, tres de los cuales eran sacramentales: "El Mirador", por la calle Longfellow de hoy, para indicar el Norte; para indicar el Sur "Las Escaleritas" de la hoy calle Morse, donde se levanta el puente metálico sobre las ferrovías; y "El Trompo", de legendaria antigüedad, en la hoy calle Newton, para indicar el Oeste.

Si sus muros abuelos hubieran podido hablar, cuántas cosas lindas habrían dicho cuando se asignó a la plaza vecina el nombre de "Plaza Congreso del Año XIII"! Lo mismo que cuando bautizaron su calle lateral con el nombre de Monterroso. Y la calle siguiente con el nombre "Estrella del Sur". Con seguridad que no hubieran callado su emoción cuando a Peñarol le otorgaron el privilegio de lucir en sus calles el patronímico de poetas ilustres: como Shakes-

(Sigue en la Pág. siguiente)

El Centro Artesano: un pedazo de la historia de Peñarol



Testimonio de la gratitud popular hacia una eximia Maestra

El Centro Artesano en la historia de Peñarol



160 años os contemplan! Una de las enjardinadas residencias para jefes del Riel. La habitó durante mucho tiempo, con su familia, Mr. Thomas B. Davies, fervoroso pionero del C.U.R.C.C.

El Centro Artesano en la historia de Peñarol

(Continuación)

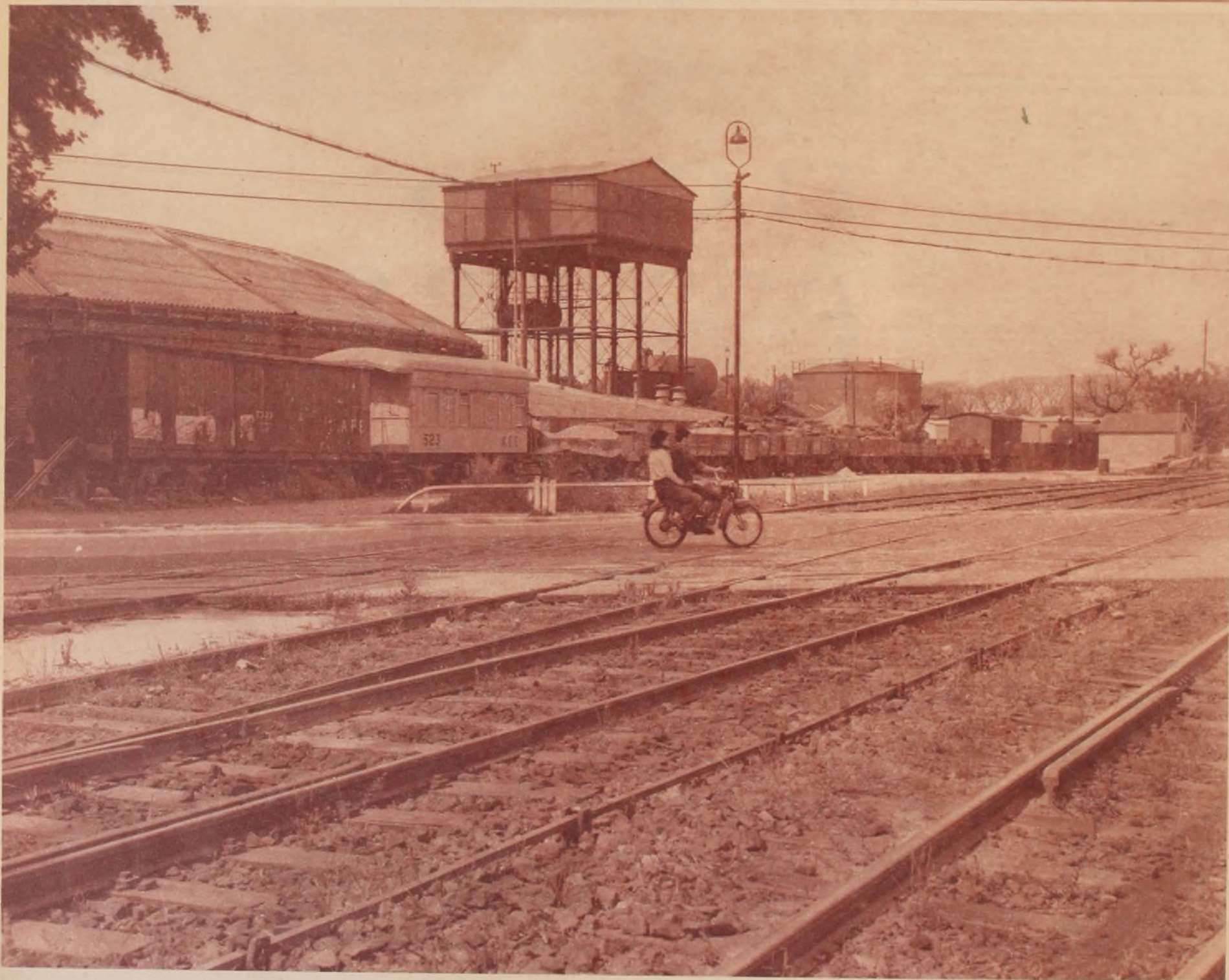
peare, Milton, Camoens, Schille, Goethe, Dante Alighieri, Petrarca, Terencio, Lamartine, Heine, Lope de Vega, Bécquer...

En cambio cómo hubiera gritado su disgusto en algunas circunstancias, sobre todo en tres ocasiones: 1º Cuando los historiadores modernos se llevaron de Peñarol a Tres Cruces el escenario de las Instrucciones del Año XIII; 2º Cuando manos irreverentes talaron los pinos cincuentenarios de su predio contiguo para alzar la sede de la Comisaría, traída por el progreso; 3º Cuando a la bandera del C.U.R.C.C. que él había visto izar mil veces victoriosamente desde fines de siglo, le sustituyeron esas letras bautismales por once estrellas y se la llevaron de Peñarol, olvidándose de que allí están su cuna y las raíces de sus glorias...

Los jóvenes de hoy, que, gracias al prodigio de la televisión, el año pasado vieron a Amstrong pisar la luna y este año vieron al equipo celeste en el torneo mundial de México, no pueden comprender lo

Se fueron Jesús Martínez, los Binaghi, los Lagune, los Cazenave, los Alonso y Gonda, los D'Olive, los Abondanza, los Chiappe, los Gulla, los... Pero "El Trompo" sigue en pie, como un monumento a la memoria de la austera generación finisecular

Vista parcial de los Talleres. El paso a nivel de Don Domingo, la "Remesa", el octogenario tanque de agua, el tanque de combustible, etc.



que era el Centro Artesano para la juventud del 900. Se debía esperar hasta el lunes a las doce a que llegara EL DIA —el reparto lo hacía Natalio Nieves, a caballo— para enterarse del resultado del partido jugado en la víspera, entre Peñarol y Nacional, en el Parque Central.

El Centro Artesano estuvo siempre en el corazón del pueblo. Oía las conversaciones. Guarda secretos de fines de siglo, como el de la inauguración de los primeros comercios en la arteria central: la botica de don Marcelino Parra, caballero cervantino. La tienda de don Rafael Medina. La carnicería de don Juan Pippo. El almacén de los hermanos Viglietti. La provisión de don Ramón Barreira. La panadería de don Martín Eguiluz...

Era el receptor emocional de la comarca. Sabía que cuando doña Manuela Arteaga visitaba una casa, era porque se agrandaba la familia. A falta de médico y obstetra estaban las manos providenciales de aquella vasca toda corazón, sí sí, para llenar la función con solidaria ternura.

El y todas las madres tenían también en gran estima a otro benemérito representante de la raza vasca —don Domingo Jaureguiberry— guardabarreas del paso a nivel más peligroso de la zona, que a la hora de entrada y salida de la escuela vigilaba celosamente a los niños que cruzaban las vías, en previsión de cualquier accidente, allí donde a cada momento corrían trenes y locomotoras.

Y entre los otros vascos que conoció, no puede quedar en el tintero el nombre de Pedro Lagune Salas, conductor obligado del tren presidencial y de los altos jefes ingleses, con el clásico 501. Media mt. 1.62, contrariamente al reglamento, que exigía un mínimo de mt. 1.70. Lo que le faltaba en estatura, le sobraba en pericia.

Conoció al primer médico residente que tuvieron las familias ferroviarias: el veterano Dr. Edye. Y a los que le sucedieron cronológicamente: el Dr. Camilo Paysse y el Dr. Mario Gustá, de certero enfoque clínico, con el asistente don Manuel González Rama, de hidalga bonhomía.

El Centro Artesano fue un pedazo de la historia de Peñarol. Creación inglesa, de hondo sentido práctico, ajustado a la época y a las necesidades ambientales.

Fue escuela, teatro, cine, biblioteca, aula de arte plástico y musical, salón de billar y ajedrez, pista de deportes viriles, sitio de esparcimiento familiar, bajo el signo de lanceros y cuadrillas y del vals "Sobre las olas", que propiciaron más de un romance sentimental, en complicidad con la luna y la influencia de Jorge Isaacs.

Allí sesionaron todas las Comisiones de Fomento que elegía el vecindario para reclamar del Municipio o de las autoridades nacionales, tal o cual mejora en beneficio de la escuela o de los servicios públicos del pueblo. Propulsores de las primeras épocas: Mr. Roland Moor, don Angel Etchenique, don Dalmiro A. Vittori, don Isabelino Pérez, don Jorge Silva Varela, don Santiago Long, don Pedro Rey y Espinosa, etc.

Ya sus muros abuelos, de legendarias tradiciones, habían visto el fervor con que cumplían su función cultural los profesores de dibujo don Zenón Soto y don Julio Puchet y los de música López del Toro y Baldomir, cuando esos mismos muros tuvieron el honor de cobijar la primera escuela pública local de varones y niñas, fundada por María Vittori en 1894 y acreditada luego como uno de los institutos docentes mejor dirigidos del País. Merece un amable recuerdo el Presidente de entonces, Mr. Frank Hudson, gracias a cuya influencia el Centro Artesano cedió tres salas, el zaguán y un patio descubierto, cercado de zinc, para el ejercicio de la enseñanza primaria. Escuelita rural, de franciscana pobreza. Diógenes Hecquet, con sus cartones históricos, un mapa y cuatro o cinco carteles de peces, anatomía y hortalizas, eran el lujo mural del aula. Ah! Y el pizarrón.

A falta de recursos, el recurso de la imaginación. A falta de material pedagógico, la pedagogía del humor. A falta de textos, el texto de la improvisación intuitiva. "Labor omnia vincit imprubus", como dice el verso de Virgilio.

En reconocimiento de su fecunda siembra, el Parlamento acaba de dar el nombre de María Vittori "La señorita María" a la Escuela 166, de Peñarol. Justicia plena. De sus aulas egresaron ciudadanos eminentes como Andrés Martínez Trueba, Ovidio Fernández Ríos, José Pereyra González, los doctores Manuel Rodríguez López y Diamante Benatti, el primer obispo salesiano del Uruguay, Monseñor Angel Muzzolón, sin omitir, desde luego, al Capitán tres veces olímpico, José Nasazzi, y a muchas otras figuras representativas del País.

Otro de los capítulos interesantes de la vida del Centro Artesano es el que se refiere a la actividad teatral. Se hizo género chico español, drama y comedia. Vecinos antiguos, don Modesto de los Ríos, entre ellos, recuerdan los programas de "La Gran Vía", "La alegría de la huerta" y otras zarzuelas, interpretadas por Antonio Moreno, Carlos Lindeblad, Andrés Martínez, Enrique y Eduardo Barbero, Jorge Dubois, José Novo, Luis Díez, etc. Fue allá, por 1905, cuando apareció una joven figura que, con el andar del tiempo, habría de consagrar "una vida al servicio del teatro", como lo recuerda Angel Curotto en su biografía del celebrado actor. Agregando: "Trabajaba Brussa doce horas diarias en el taller y de noche ensayaba".

Años más tarde y ya con personalidad definida, se presentaba Carlos Brussa en el Centro Artesano —sábados y domingos— para representar "M'hijo el doctor", "Barranca abajo", "En familia" y "Los muertos", de Florencio; "El estanque" y "Mala laya", de Herrerita, etc. Le acompañaba un elenco compuesto por las hermanas y los hermanos Arrieta, Isabelino

Los muros agrietados de la casa Barreira parecen conservar los ecos del grito multitudinario: "Gooo!", cuando enfrente, en "La Estancia", dirimían principalía deportiva Peñarol y Nacional



Desde que el puente metálico sustituyó a "las escale rita" terminaron los accidentes ferroviarios en el cruce

Rodríguez Lasalle, Martín Zabalúa, Julia Méndez, María Angélica Reissig, Juan Ortiz, José Barbitta, Antonio Colaneri, José O. Fernández y Francisco Dallera.

Cuando Brussa dejó libre el escenario para atender sus compromisos en el interior de la República, la actividad teatral se reanuda por iniciativa de un núcleo de ferroviarios de otra generación: Alberto Fojo, José Volonté, Alfredo Galain, Pedro Zaffaroni, Ricardo Harriague, Carlos Ghiringhelli, Bernabé Pons, etc., con la colaboración de Teresa Lacanau, Angela Aunzo, Carmen Méndez, Paquita Asfort, etc. Este conjunto cedió el paso a sus sucesores: M. Pucharelli, J. Barrufa, R. Larramendy, Amado Almada, Vicente Macció, O. Lorán N. Andrade, J. Alpuy, Amílcar Costas, R. de León, A. Occelli, A. Moreira. Hasta que últimamente la sala fue destinada a exhibiciones cinematográficas.

En el aspecto deportivo, puede decirse que, si bien no fue en sus salas donde nació el C.U.R.C.C., sino enfrente, calle por medio, en las oficinas de los talleres, no fue ajeno el Centro Artesano a mu-

chos de los acontecimientos celebratorios del campeonísimo aurinegro. Y puede agregarse que de su sala de lectura y tras reiteradas conversaciones sobre natación, tuvo origen la idea de crear que hoy constituye el prestigioso Club Neptuno, con el ex ferroviario Amador Franco como alma-mater de su fundación.

Hoy, después de muchos años, entramos de la mano de la infancia a ese templo de cultura. Y nos pareció ver que se adelantaban a recibirnos y darnos la bienvenida las sombras ilustres de Frank Hudson, María Vittori, Roland Moor, Carlos Brussa, Carlos Lindeblad, Angel Etchenique. Y sentimos que se nos humedecían los ojos como cuando en lejanos días de examen escolar, se pronunciaba nuestro nombre entre los integrantes del Cuadro de Honor...

Emilio Carlos TACCONI

(Especial para EL DIA)



UN río y un árbol nos detuvieron en aquel momento de agonía, cuando la tarde iba desvaneciéndose en la noche. El otoño caía en las distancias y en las cosas, como tocándolas con manos de sueño. Caducas hojas doraban o bronceaban la penumbra del aire y de la tierra, o con desmayado peso, huían, más que en el tiempo, en el fluir callado del agua.

Miró mi amigo, el escéptico, lo lejano y lo próximo, siguió con la mirada al río en sus lejanías brumosas, levantó los ojos hacia el árbol reposado en su lenta savia, y desde los ramajes semidesnudos, descendió su mirar hacia las hojas flotantes, cada vez más perdidas de su origen entre aquellas dos orillas, —murallas de un destino—, y tan indiferentes al morir que las llevaba.

Mi amigo, el escéptico, encontrándose a sí mismo en aquel instante y en aquella contemplación, me dijo entonces:

—Cuento hasta extraviarme los hijos de la Tierra, y abrazo la caliente hermandad de las estrellas. Miro las altas y las bajas fuentes, y me pierdo en sus números. Aguzo los nervios en las presencias y en sus cualidades, hasta desvanecerme en sus cifras. ¿En dónde detener las saetas en cuyas puntas arde mi sangre?

Y tras la pregunta, continuó:

—Imagino las procesiones de los átomos y el hormigueo vertiginoso de los electrones. Veo que todo se aproxima, se encuentra, se estrecha, se separa, e irrumpe de nuevo. Intuyo los choques, las disoluciones, los oleajes que avanzan y retroceden. Pienso la noche entera atravesada de luces, el vértigo del Eter hendido de relámpagos, el salto de las líneas, el fluir de los contornos, la épica de los vientos y las olas, las islas nacidas y las islas que crecen hacia la piel del océano, Capto los mundos, las órbitas inaplazablemente recorridas... ¿Y en dónde detener las saetas en cuyas puntas arde mi sangre?

Mi amigo, el escéptico, juntó más a fondo su mirada con mi mirada, y añadió todavía:

—¡Ah, y yo estoy aquí, y mis sentidos son el único centro de la Creación. Y busco angustiosamente mi ley para justificarme a mí mismo. Y entilo mis

preguntas entonces, y siempre, y acumulo en mi tensión, vanamente, el verbo arcano para explicarme este misterio estremecedor.

El poco de luz diluida aún en la sombra, se aniquiló en la sombra misma. Mi amigo, el escéptico, sintió la totalidad de la noche, y pareció apoyarse en ella como en una columna de sus abismadas negaciones, y prosiguió más seguro de su sombra, y a la vez, más desafiante:

—¡Cuántas veces tomo mi esfinge y la multiplico en interrogaciones y a puñados, como arenas de mis desiertos, las arrojo a la infinitud! ¿Es que soy algo más, me digo a mí mismo, que esos puñados de preguntas, que esas arenas de fuego, que saltan de mis nervios al silencio?

¡Y cuántas veces mis ojos arden cual si fuesen heridos por una trágica intención, y zumban mis oídos, terriblemente, como crispados por vientos de locura! Y entonces mis ojos descifran claves tremendas, y mis oídos de adentro escuchan lo inaudito. Y afiro

mi temblor sensible, y me penetran mil palabras de mil idiomas. Es como un temblor que esremece al cosmos y me desfibra la vida. Y es entonces que ocurre el diálogo.

—¿Quién eres tú que nos indagas? —me dice el lenguaje de las estrellas.

—¿Quién eres tú que nos descifras hasta el miedo? —me dice el idioma de las sombras.

—¿Quién eres tú que nos hiendes y nos muerdes hasta en la inmersión más oculta de las algas? —me dicen los mares vibrando de pavor.

—¿Quién eres tú que nos mides insondablemente y nos persigues en nuestra fuga fatal, y claves tus ágiles números en nuestro vuelo? —me dicen las nebulosas cósmicas en las ciegas de su expansión.

Y entonces grita mi temeridad: Yo soy la pregunta infinita, la lengua de llamas y serpientes irradiadas desde el arco de mi propia vida. Soy la sed, la trágica sed, el hambre espantosa del misterio. Estoy entre la vida y la muerte horadando vanamente el silencio absoluto.

Y es al decir esto que mi verbo se abre de nuevo hacia el Ser. Y se incrusta en todas las formas, y todas las formas vibran hasta el espasmo, porque es como si con la rabia y el deseo les impusiese un castigo. Y todo mi yo es un vértigo de preguntas. Y me nacen desde el último fuego, desde los cráteres de la soledad.

Y recuerdo una vez en que, ante iguales vehemencias, hubo una estrella incalculable que rayó mi secreto oído con su ardiente confesión, y me dijo en el idioma de los astros:

—Yo también pregunto. Soy la soledad de mi propio dolor. Desde miles de siglos mi luz me lleva, y en ella sumerjo mis interrogaciones. Y mi luz sabe ir con la sed, pero no sabe volver más a mi esperanza. ¿Comprendes lo que es un zarpazo que jamás llega a su presa? Sólo sé perderme en las sombras. Ni me sé yo misma, ni nadie me sabe. Allá, muy lejos, siempre, eternamente, cuando la noche culmina, indago hasta llorar. ¡Y cuán vanamente indago! Todo es silencio. Para el único, para el insondable único que sabe, para él, todas nuestras preguntas son inaudibles.

Parábola del escéptico, de la estrella y del río

o acaso, desdeñadas. Cuando todos los oídos del Universo ansían oír, no escuchan más que nuestros vanos sueños.

Y con un suspiro de la luz, añadió la estrella:
—Amémonos, pues, en silencio, bajo el enorme dolor de nuestras esfinges. Hagamos la solidaridad del enigma. Vivamos en unidad de amor y de agonía. ¿No cabremos todos en la sombría hermandad del misterio? ¿No es como una venganza adorarnos por nuestras heridas? ¿No somos los impuros, los desterrados de las esencias? Al ignorarlas angustiosamente, la mutua piedad nos abraza.

¿No escuchas ahora mismo el vuelo de las interrogaciones? ¿No te llegan las preguntas de los mundos y de los átomos? ¿No oyes las inquisiciones de la sombra, de la luz, del Eter, de las hondas geometrías del Universo, de las mismas ideas que sólo sospechamos en la ansiedad de sostenernos sobre alguna seguridad?

Al terminar aquella confesión, besé el último deslizamiento de su voz celeste, y al desvanecerla en mi oído, apoyé la cabeza en la Tierra y en el sueño. Como si fuera real en su dulzura, sentí o soñé una lágrima de la estrella fija en el abismo de mi sien, y dormí hasta tocar el linde de la muerte. ¡El otro gran silencio!

Finalizado este último decir de mi amigo, el escéptico, levemente brillaba de mundos el río en su silenciosa fuga. Sus gotas miriádicas no eran lágrimas, eran sí los diamantes y los zafiros que llevaba hacia el mar, donde moriría en un esplendor de gemas. Aquel río trabajaba profundamente la tierra. Distribuía su agua vital en todas las raíces. Para él no había otoño, ni primavera, ni verano, ni invierno, no había más que el cambio eterno, la infinita transmutación. En cada latido del tiempo, puesto que su agua no se detenía jamás, el río era otro, como era otro el Universo que en él se reflejaba. Pero el río enriquecía las aguas del mar haciéndolo inagotable, y daba de beber a todas las raíces de sus márgenes. Su ser, era crear: sus huyentes aguas, eran una fecundación.

Estas mismas sugerencias y estas mismas ideas las vertí en los oídos de mi amigo, el escéptico, con la misma razón que él me hizo escuchar la voz de su estrella dolorosa, y ante su irónica sonrisa, añadí estas palabras:

Cree en tu verdad, o en el sueño de tu verdad, pero no te apartes de tu propia afirmación, pues la necesitas para vivir. Tu mundo de absoluta negación, oh paradoja, es una muerte en vida, es como si fueras conducido por tu cadáver. Vive afirmándote en el poder de tu propio pensamiento, como esa intrépida estrella interrogante, que a pesar de sus preguntas, está clavada en la energía de su fuego, y dardea las tinieblas desde el pulso de su ígneo corazón. ¿Aniquila, cuando menos, su eternidad de astro? Tal, oh paradoja también, te afirmas tú mismo negándote con temerario coraje. El desafío es siempre una hermosa violencia de la salud. Tu nieve no impide tus llamas, y a veces la tragedia del misterio sangra flores. Es como una soberanía y un desplante del orgullo, un puñado de sombras arrojado sobre una felicidad demasiado fácil. Tócate, púlsate tus arterias, ¿no son una verdad en su ardor y en su latido? De la vida, de la sangre de la vida humana, crecen no sé qué potencias de afirmación en las que puedes apoyarte en cada instante de tu tiempo. No está al, sino en tu torturada conciencia, la idea que roe y pulveriza tu realidad creadora. La vida misma, terrible, profunda, implacable en su imposición, es un pensamiento tallado en sangre y fuego, algo asombroso y tremendo, que hace palidecer la frente cercada por la sombra y por la duda. Eres actividad y vacilación, firmeza y angustia. Eres luz y sombra, afirmación y negación. Eres tal vez el enamorado, el apasionado de las tinieblas, el amante del misterio. Pero eres antes que nada, la vida misma. Hasta cuando piensas la nada, la piensas con la vida. Entra en ella como el rayo en la sombra, iluminando tu oscuridad. Verás que el rayo de tu afirmación no gasta su fecundidad en preguntas. ¡Crea!

Y mi amigo, el escéptico, me respondió:

—¡Crear...! ¿Y si es otro sueño?

Aún así no es poco en esta extraña aventura del hombre sobre la Tierra. ¡Crear, sí, los grandes sueños que nos sostienen sobre el sueño infinito! Y deja que sea la vida la que resuelva el dilema, pues ella ha de inclinarse siempre hacia su propia defensa, y cuando así te ocurra, salta de la negación a la afirmación. Tu escepticismo no será más que la ceniza de un fuego extinguido. Déjala hundir, y vierte la llama vital de la sangre en el hueco desde donde te helabas.

SABAT ERCASTY



El Duque de Edimburgo al salir del "Hotel de Ville" de Puerto Stanley. Islas Malvinas

Montevideo y las Islas Malvinas

AQUEL archipiélago situado al borde de la plataforma continental desde que la República Argentina adoptó el límite de 200 millas para su mar territorial, a cientos de millas náuticas de Montevideo, está unido a la historia de la tierra uruguaya desde un remoto pasado que se extiende por casi tres siglos.

Vigilar el Estrecho de Magallanes desde una base eficiente, fue centro neurálgico de la política del imperio español, atacado en sus líneas principales por una Gran Bretaña marítima.

Luego de la expedición del Comodoro Jorge Anson al Atlántico Sur y al Pacífico (1740 - 1744), Inglaterra tuvo plena conciencia de la ventaja que suponía contar con una base de operaciones en aquellas altas latitudes, y resuelta a satisfacer tal necesidad, despachó en setiembre de 1765 al capitán John McBride para que organizara un establecimiento en Port Egmont, punto que había sido reconocido y situado en enero de dicho año por el Comodoro Byron. El 8 de enero de 1766, McBride llegó a las Malvinas, tomó posesión de la tierra y estableció la base que se le había ordenado. De la presencia de los ingleses en sus posesiones tuvo conocimiento España a través de la corte de Luis XV, como consecuencia del Pacto de Familia. También Francia había ocupado las "Malouines" con

Bougainville, quien atendiendo al reclamo de España hizo el traspaso de la colonia que fundara, al Capitán de Navío Felipe Ruiz Puente, comisionado al efecto. Tanto el marino francés como el español fondearon en Montevideo para revituallarse, uniéndose así a la tierra uruguaya con aquel desolado archipiélago. Pero la actitud de Francia se condicionaba al interés de que no fuese ocupado por la Gran Bretaña y en el curso de las negociaciones, Choiseul sugirió al Marqués de Grimaldi, Ministro de Carlos III, que se enviase una expedición para librar de extranjeros las costas del Atlántico. Para desalojar a los ingleses, España despachó una fuerza naval al mando del General de la Armada Juan Ignacio Madariaga a quien se le confería el cargo de Jefe de la Escuadra del Río de la Plata. Madariaga trajo su escuadra al puerto de Montevideo y no obstante ser éste, políticamente, un punto subordinado a Buenos Aires, acierto de las autoridades coloniales, le eligió como base para el Apostadero del Río de la Plata. Desde entonces, Montevideo vio ligada su historia a la de las Malvinas.

Por disposición de la Corona, se adjudicaron dos fragatas al Apostadero de Montevideo; de ellas, una debía situarse por un año en las Malvinas, la otra permanecía en nuestro puerto; al cabo de los 365 días, ésta marchaba al archipiélago y aquella regresaba a Montevideo. Al cumplirse el segundo año, otras dos fragatas llegadas de España las sustituían y efectuaban la misma operación. Claro está que aquella fragata apostada en las Malvinas debía ser aprovisionada de todo: ropas, vituallas, etc., ya que aquella tierra inhóspita no producía nada.

Montevideo era quien atendía a los suministros de la lejana colonia, como era quien proveía a la nave que quedaba en el puerto uruguayo. Y aquí, los suministros no se limitaban a las provisiones de boca, sino que comprendía almacenes, depósitos de municiones y pólvora, establecimientos hospitalarios, mano de obra para el carenado, personal de administración, etc.

Andando el tiempo, no fueron suficientes las dos fragatas: cinco y más embarcaciones de guerra y buques auxiliares se apostaron en Montevideo. Las exigencias de las Malvinas fueron también mayores y hubieron ser atendidas principalmente por Montevideo, si bien fueron enviados algunos recursos desde Buenos Aires, pero todo debía concentrarse en nuestro principal puerto, que lo era también de todo el Plata. Y de todo el Atlántico Sur.

Terminada la época del coloniaje, no por ello dejó de ser Montevideo el puerto intermediario entre las Malvinas y el mundo, como consecuencia del no reconocimiento de la ocupación británica por la Argentina. El servicio de correo y los aprovisionamientos de toda clase se embarcaron en nuestra bahía.

Cuando en 1916 el audaz explorador Shackleton perdió su embarcación y hubo de refugiarse en la Isla del Elefante, fue de Montevideo que partió la única nave de rescate: el B.1 de 500 toneladas de desplazamiento y una marcha de 10 millas horarias, comandada por el Teniente de Navío uruguayo Ruperto Elichibehety a quien secundaban los también oficiales uruguayos, alféreces de navío José San Martín, Arnoldo Camp y Hélio Camp.

Todavía existe una corriente de intercambio con las islas Malvinas, aunque el Uruguay haya apoyado los derechos argentinos en las Naciones Unidas. Es que el sentido de solidaridad con todo lo humano es virtud distintiva de nuestro pueblo.

Homero MARTINEZ MONTERO

(Especial para EL DIA)



Caballos en las afueras de Puerto Stanley. Derecha: Islas Malvinas. Fort Stanley: cultivando la huerta

La pla

El sol en el murallón de los pescadores, alegra el principio del buen tiempo.



LA Primavera comienza a dar vida a la arena pálida de grises días de invierno.

Los vientos recogen en un pañuelo gigantesco los colores que se recuestan a la rambla. Los yates se deslizan en la pizarra gris como blancos cisnes.

Todavía pululan los aficionados y pescadores.

En los murallones de la costa se agolpan las cañas y riles.

O en los pesqueros y rocas parecen manchas rojas y verdes, amarillos y blancos, que vibran a los vientos del azul del mar.

La playa inmensa que es violeta al atardecer o rojiza cuando el sol se pone, refleja la muerte de la ola. En la orilla descansa una barca solitaria, un olvido.

O aquellas figuras pequeñas que juegan con el perro y son dueñas espontáneas de un mundo de sol que ya calienta cuando al mediodía, o la tarde, el oro derrama como un baño de metal las superficies cristalinas de la arena.

La playa canta su lirismo cuando el horizonte queda envuelto en la niebla, o el rosa pálido y la naranja anuncian con el voto eterno de los eternales franjes, la bondad del día de mañana.

Finalmente el verano. La eclosión del sol, el azul-verde, y la dorada espiga diluida en el bañado por miles y miles de bañistas.

Poema de azul y movimiento. De puntos de colores agitados, y de espumas encrespadas que tocan la orilla, o lamen suavemente los reflejos de cielo de narcisos que la luz improvisa, y que repleta el universo abigarrado, el color y la luz, con la paz apagada de la imagen.

E.

(Especial para EL DIA)



"Olas encrespadas",
baten la costa de los
primeros bañistas



"Yates y figuras coloridas"... pequeñas
flores en el contraste del azul oscuro del mar

"Eclosión de luz y color". Verano, el multicolor
abigarramiento de miles de bañistas

Derecha: "Blanco de arena y plomo de mar".
playa es soledad en otoño

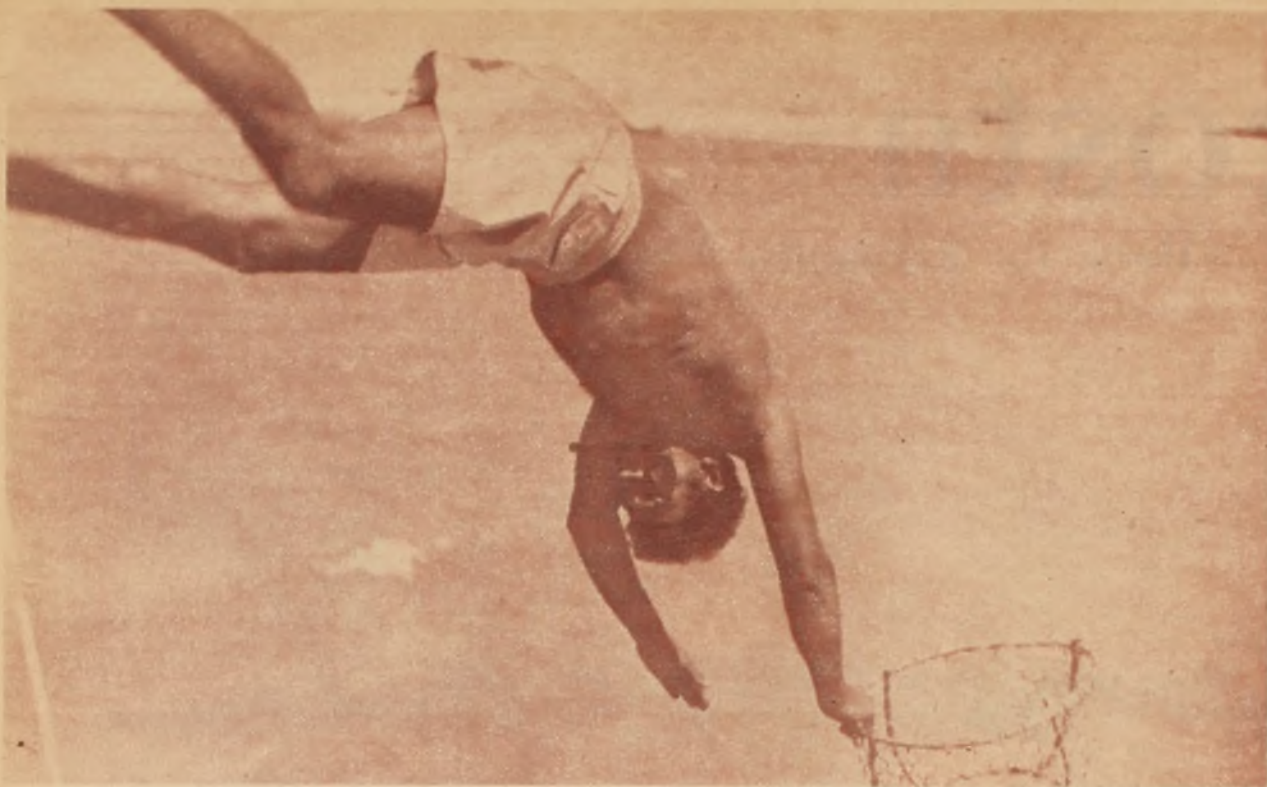
Playa y la costa

Oleos de Eduardo Vernazza



"Siluetas en el atardecer gris - rosa"

"Playa serena y mansa"; los yates se deslizan como blancos cisnes, o se balancean en las dulces aguas de Punta del Este



Con el cuchillo entre los dientes y la "Jaba" en la mano, el buzo se arroja de cabeza hacia el agua

Isla Margarita

joya del Caribe

LA isla Margarita, al N.O. de Venezuela, en el mar Caribe, fue descubierta por Colón en su tercer viaje, en 1498, pero no bajó en ella. También avistó las pequeñas islas de Cubagua y Coche, las que, junto con Margarita, forman el Estado de Esparta, o de Nueva Esparta, nombre debido a la heroica defensa de la isla contra las tropas invasoras de Morillo. Se llega a ella en avión o, en su defecto, en barco o ferriboat, desde la cercana ciudad de Cumaná, en la costa norte de Venezuela, país de cuyo territorio forma parte. Mide unos 850 kilómetros cuadrados y cuenta aproximadamente con unos 100.000 habitantes. Desde hace poco es, como Curaçao y Panamá, puerto libre; es decir, abierto al comercio internacional sin ninguna clase de trabas aduaneras. Afecta la forma de un arco, con los extremos hacia el Norte, y tiene hermosas playas, de aguas tranquilas y tibias unas, de aguas bravas, y heladas, otras, y goza de un clima maravilloso, templado y uniforme. Se alzan en su interior montañas y serranías, entre las que se abren verdes valles, cubiertos de vegetación. Su riqueza principal la constituyen la pesca, muy abundante en su extenso litoral, y las perlas, que han hecho famosas la isla y la adyacente isla de Cubagua. Los habitantes de la isla son quizá lo mejor de ella, con tener ésta tantos encantos. Esbeltos y de vivos movimientos, son acogedores y hospitalarios con los de afuera, y de frugales y sanas costumbres. Los hombres son en su mayoría navegantes o pescadores, tienen muy vivo el sentimiento de la libertad y se sienten muy felices en su isla. Verdadero paraíso en la tierra, en la isla Margarita no se conoce la delincuencia, y tras largos años de no usarse su única cárcel, ésta ha terminado por convertirse en el museo de la isla.

La isla está surcada por cómodas y bien cuidadas carreteras, que unen entre sí las ciudades y aldeas de la misma y las numerosas playas y balnearios; todo en un marco donde las bellezas naturales y el paisaje tropical de la isla es lo dominante. La ciudad de Porlamar, en el S.E., es el punto de partida de las principales carreteras, las que salen, como un abierto abanico, hacia la derecha, la izquierda y el norte de la isla. Viajemos sin prisa, gozando del paisaje y de la paz idílica de este privilegiado rincón del mundo, a donde no llegan, por fortuna, las privaciones, las ambiciones y las luchas que imperan en otros lugares.

Vayamos ahora hasta el Valle del Espíritu Santo, al norte de Porlamar, lugar histórico, uno de los más antiguos de la isla, donde se alza el santuario de la Virgen del Valle, llamada la Virgen Marinera. Vegetación exuberante y lujuriosa, tierra rojiza, altas y gráciles palmeras, moviendo sus desflecadas copas al soplo del vientecillo matinal. Flores rojas por doquier. Valle hermosísimo, en el que el tiempo parece detenerse.

Retomando una de las carreteras, llegamos a La Asunción, la capital del Estado de Esparta, o Nueva Esparta, es decir, del formado por las tres islas antes nombradas: Margarita, Cubagua y Coche. La ciudad más antigua de la isla, fundada en 1525, en el valle que se llamó de Santa Lucía. Esta es la Casa de Gobierno, antes, sede de un antiguo convento. Este,



Los humildes pescadores suben la "arrastra" a bordo



el Palacio del Concejo Municipal. Calles estrechas, casas antiguas, algunas de la época de la Colonia. Vayamos al Castillo de Santa Rosa, construido entre los años 1680 - 1681, sobre un acantilado, cerca del mar, en el costado este de la isla. Esta, muy atacada por piratas y filibusteros —el famoso Morgan entre ellos—, en los siglos XVII y XVIII, cuenta con varias fortalezas, cinco en total, de piedra, casi inexpugnables, empalizadas en su periferia, sobre el mar, en los lugares por donde podían atracar sus naves los invasores. La muralla que rodea el castillo es ancha y sólida. La puerta de acceso, de gruesos maderos, con su cerrojo de hierro primitivo. He aquí el patio empedrado, las dependencias de la fortaleza, a su alrededor, hoy transformadas en museo. Espadas que pertenecieron a Cortés y Pizarro y a nuestro Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y otras espadas de cazoleta del siglo XVII; excelentes y valiosas reproducciones de armaduras de los siglos XV y XVI; ballestas; pistolas de duelo; afuera, aljibe con galería secreta, subterránea, que iba hasta el poblado. Calabozo donde estuvo presa, como rehén de los españoles, durante dieciocho meses, la heroína Luisa Cáceres de Arismendi, la joven esposa del mariscal Juan Bautista Arismendi, oriundo de aquí, héroe de la independencia de Margarita, y donde, entre las cuatro oscuras paredes, perdió a su primer hijo, una niña. De aquí fue llevada luego a otra fortaleza, la de San Carlos de Borromeo, y de allí, a la prisión de la Guaira, en Caracas, y, por último, a España, donde murió a los sesenta y siete años; todo por ayudar a los patriotas, levantados en armas contra la corona. Esta es la cocina, con hornillas de hierro, sobre un poyo de mampostería. Este es el mortero y esta la piedra para moler el maíz. Subamos las escaleras de piedra, y echémonos a andar por el paso de ronda que bordea, en lo alto, toda muralla. Este es "El Olvido", calabozo en una de las dos torres esquineras, especies de garitas coronadas por cupulitas redondas, con una abertura por la que el vigía oteaba el mar y los alrededores, y en el piso, una tapa de madera ocultando una escalera de piedra por donde se bajaba al calabozo subterráneo adonde se confinaba a determinados prisioneros, la mayoría de los cuales moría sin ver más la luz de afuera. Desde lo alto de la muralla vemos, enfrente, el cerro Matasiete, donde se dio la batalla que liberó la isla, el 31 de julio de 1817 —Bolívar, que tenía en gran estimación a la isla Margarita, la llamó "la isla invicta"—, y a la derecha la ensenada por donde llegaban —terror de los isleños— los temibles piratas. La iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, construida en 1570, frente a la plaza y cerca de la casa natal de Arismendi, es más antigua que el castillo. De frontón triangular y a la derecha, un muro de contención. Con gruesas columnas blancas y arcos romanos, de medio punto. Esta otra es la iglesia de Santa Ana del Norte, también muy antigua, restaurada en 1784. Desde aquí lanzó Bolívar la proclama de la liberación de la isla, una vez hecho Presidente, en 1816. Con su alto campanario, por cuyos estrechos huecos asoman su oscuro bronce, varias veces centenarias, las campanas. Otros lugares importantes de La Asunción: el convento de San Francisco, construido de 1571 a 1576; la antigua Casa Capitular de la Colonia, luego convertida en cárcel, y hoy Museo y Biblioteca del Estado; y el Mercado Popular, antigua sede de la iglesia de Santa Lucía.

Siguiendo por la carretera hacia el N.O., desde La Asunción, y luego de atravesar las poblaciones de Tacarigua y Santa Ana —de grata recordación, para los venezolanos, esta última por haber sido la cuna del patriota margaritense Francisco Esteban Gómez, el héroe de Matasiete, y por haberse constituido en su iglesia colonial la Junta Patriótica que en 1816 reconoció a Bolívar como General en Jefe de los ejércitos de la llamada "Tercera República"—, se llega a otro lugar histórico de la isla, y de un paisaje bellísimo e inolvidable, la bahía o ensenada de Juan Griego, nombre tomado del primitivo dueño del lugar, dueño a su vez de un barco que hacía viajes a otras islas del Caribe. Bahía de incomparable hermosura, abierta como una herradura, rodeada de montañas por su lado Este, donde se balancean ahora, como blancas gaviotas posadas apenas en el agua, los yates y pequeñas embarcaciones de pesca. Fue dos veces visitada por Bolívar y sede del Almirantazgo de la República. Y cerca de ella, la laguna de los Mártires, en cuyas aguas se inmolaron, durante las guerras de la independencia 200 margariteños, que prefirieron la muerte antes de entregarse a Morillo.

De regreso otra vez por la misma ruta, y luego de detenernos breves minutos en Los Robles, antigua población llamada también el Pilar, en cuya pequeña iglesia se conservan una campana de bronce y una imagen de la Virgen del Pilar o "la Pilarica", donadas ambas por la reina Juana la Loca, entramos en Pampatar, cerca de Punta Ballena, en la costa oriental de la isla, sobre cuyos acantilados se alza el castillo o fortaleza de San Carlos Borromeo, protegido por el lado occidental por un profundo foso, hoy cubierto a trozos de malezas, y a la que fue trasladada como rehén, desde la fortaleza de Santa Rosa, la infortunada heroína Luisa Cáceres de Arismendi. En Pampatar vemos la vetusta iglesia colonial la llamada Casa Amarilla, sede del gobierno de la República en 1817, la Aduana, de la época de la Restauración, y cerca, la Cueva del Bufón, antiguo refugio de piratas.

De nuevo en Porlamar, como dijimos, punto de arranque de todas las excursiones de la isla, y desde aquí, por una espléndida carretera asfaltada que corre a todo lo ancho, de Este a Oeste, a los Manglares, uno de los lugares más hermosos y pintorescos, no sólo de la isla Margarita, sino de toda América. Nada más maravilloso que una excursión a los Manglares, en la laguna enorme —la laguna Arestinga— y algo parecida, con sus islotes de "manglares", conglome-



Con cuidadosa expectativa, se abren las valvas



Se retiran las primeras capas para pulir luego la perla

Peso, forma, "oriente", color de las perlas, son objeto de rigurosa clasificación



Perlas: deslumbrante cosecha...

rado de ramas y raíces al nivel del agua, a nuestro Delta, en el Tigre y escenario de las novelas de piratas y filibusteros de Emilio Salgari que tanto se lejan medio siglo atrás. El viaje es hermoso. A la izquierda de la carretera, montañas color malva, cubiertas ligeramente de neblina; a la derecha, llanura, hasta el mar, que no se lo ve, pero que lo sabemos próximo. Estas cinco cruces de madera, al lado de la carretera, indican el lugar de un accidente de automóvil que ocasionó cinco víctimas. Aquellos son los dos cerros, cónicos, de María Guevara, y tras unos minutos más de auto, a la derecha, lejos, los manglares. Esta es la araguaney, amarillo oro, la flor nacional de Venezuela. En la zona de los manglares, la isla se estrecha, entre las dos inmensas bahías desde la Guardia, al Norte, y de Mangle, al Sur. A la izquierda de los manglares, la dilatada península de Macanaos, casi deshabitada, con la aldea de San Francisco de Macanaos en el centro, y el Robledar en el extremo izquierdo, sobre la costa. Qué hermoso el paseo en lancha, por los numerosos e intrincadísimo canales —de agua salada—, del manglar. El pequeño cangrejal, los criaderos de ostras u ostrales, las raíces retorcidas, que entran y salen del agua, de los manglares, mientras el muchacho de tez morena, en cucullas en la proa mira hacia adelante, en las manos la cuerda que sujetará la lancha, o cayuca, a su arribo, al desembarcadero, y el que conduce maneja el motor fuera de borda, desde la popa, mientras vemos, a través de las ramas entrecruzadas del manglar, la claridad amarillenta de la tarde. Y el vuelo del alcatraz, pájaro acuático de plumaje grisáceo, parecido al pelicano, en el cielo azul. Belleza de los canales, abovedados bajo las ramas verdes. Canal del Beso, canal de María Guevara, canal del Encanto. Plaza Margarita —un redondo espacio de agua, de agua verde, tirando a lo amarillento—. Plaza 23 de Julio. Soledad. Soledad y silencio absolutos, sin gente. (Somos los únicos visitantes, al parecer, en estos días, en la isla). Luego, se sale otra vez a la laguna Arestinga, o mejor dicho, a un espacio abierto de ésta —en realidad, la laguna de Arestinga, o La Restinga, comprende toda la zona de canales y manglares, comprendida entre las dos bahías antes citadas—, entre el chapaleo de agua y el ruido amortiguado del motor, otra vez en marcha. En el atracadero, las barcas, alargadas, blancas y azules, con toldillas blancas a todo lo largo, cubriendo la parte central de la embarcación, sostenidas por palos también blancos, abiertos en lo alto para afuera, hacia los costados. Algunos chicos pescando en el pequeño muelle de madera. Bagres, lisas, algún sábalo. "La música de aquí —nos dice nuestro excelente guía y acompañante, el amigo Rafael Narváez—, es el Polo Margariteño". Desde aquí, nos informamos, en los meses de enero, febrero y marzo, parten los pescadores de perlas a la vecina isla de Cubagua, para la pesca submarina. A la vuelta, pasamos por diminutas poblaciones ribereñas, a las puertas de cuyas humildes viviendas vemos secaderos de pescados, donde, limpios éstos de su interior, se los sala y extienden al sol, durante días, para que se sequen.

El pueblo de Boca del Río, sobre el mar. Casas de colores. Pueblo de pescadores. En la orilla, sobre la playa, las barcas pescadoras. A la vera de las precarias casuchas, en el suelo, extendidas como gigantescas arañas, las redes color herrumbre, que un viejo y varias mujeres zurcen acucillados. Lento y dulce el hablar de los pescadores. Al irnos, nos regalan dos grandes y hermosas caracolas de interior rosado. Cerca, médanos de arena, y dos o tres mujeres, esbeltas como palmeras, llevando llos sobre la cabeza.

Un desvío de la carretera, ya alejados de Boca del Río, y vamos a Punta de Piedras, frente a Cubagua, y unida a Tierra Firme por el ferriboat. En Punta de Piedras, la visita mañanera al Mercado y la profusión de frutos y productos de la isla. El anón, fruta dulce, verde por fuera, con granos grandes y duros en su interior; el mango, de fruto ovalado, amarillo y muy aromático; el merrey, fruta con líquido adentro, que corta la sed, y que también se la come seca, como la pasa; trozos de carne seca, colgados de los ganchos. Cerca de las puertas, colgados como redes, los "moriches", hamacas trenzadas con la fibra de la planta del mismo nombre, parecidos a las hamacas paraguayas. Y mucha gente de pueblo, humilde, comprando en los puestos.

El día antes de salir de la isla, nuestra última visita a La Asunción, para ver su Museo y Biblioteca. A la entrada, un velero, con todas sus velas desplegadas, como de un metro de largo, prisionero en una vitrina rectangular, y la estatua de Lope de Aguirre, "el Tirano", arrojada al mar en tiempos de Pérez Jiménez por los margaritenses, que impidieron así su inauguración; grandes anclas de barcos naufragos, herrumbrosas de orín, descansando en el suelo, entre ellas, la del "San Pedro de Alcántara", hundido frente a Cubagua; aparejos de pescadores de perlas, con la escafandra y la máquina para enviar aire; cacharros de barro, tinajeras; armas de guerreros y contrabandistas, etc.

Partimos de la isla Margarita con pena, como desterrados. Como debieron salir nuestros primeros padres, Adán y Eva, del Paraíso. ¿Es que no es eso, en realidad, la isla Margarita, un Paraíso? Adiós, cielo hospitalario, cerros verdeantes, valles y manglares, playas de fina arena. Adiós, calma idílica, serenidad y gozo de la vida, vivida en tus playas sin gente, y oliendo el mar, oyendo el mar, ya sin piratas y filibusteros. Isla de ensueño, donde la vida y el ensueño son una misma cosa, digna de ser vivida.

Dr. Fermín ESTRELLA-GUTIERREZ

Bs. As., 1970

(Especial para EL DIA)

Luna nueva, luna llena...

POR años y años la imagen que tuvimos de la India fue la de Rabindranath. "La Luna Nueva" y diez libros más del poeta de barba de lino y alba túnica, nos llegaban de Madrid en las versiones de Zenobia Camprubí, la fiel compañera de Juan Ramón Jiménez. La belleza inefable de aquella poesía que se convertía en una provincia de ensueño en la escuela del Shantiniketan —Morada de Paz— se difundió por todo el mundo y quedó consagrada cuando la Academia de Suecia otorgó al hindú el Premio Nobel. Habérselo dado a Tagore fue toque de gracia que prestó fabulosamente a la Academia nórdica. Con Tagore creció el Premio, y con el premio volaron los poemas, multiplicados en todas las lenguas. La India quedaba como una imagen poética. Al fondo veíamos la blanca curia inmaculada del Taj Mahal, momento musical de la arquitectura, duplicando su gracia en los espejos temblorosos del agua. Era la India deshumanizada, la del Ramayana y el Mahabharata, cuya población ignorábamos y cuya miseria nos era desconocida.



DURANTE la reunión que tuvimos en Gainesville, organizada por el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Florida, a comienzos de este año, se plantearon puntos de capital importancia acerca de las relaciones universitarias entre América Latina y los Estados Unidos. Asistieron unos cincuenta especialistas, entre ellos representantes de Fundaciones y de la OEA. Uno de los puntos más polémicos fue el que se refiere a la relación entre la Universidad y el Desarrollo. Los desarrollistas trataron de llevar agua a su molino, y los tradicionalistas, retenerla en el suyo. La verdad es que se imponía un justo medio, y se logró. Quisiera dar una idea sucinta al respecto.

Los desarrollistas, a quienes curiosamente amparan los regímenes dictatoriales vigentes, sobre todo las Juntas Militares que a veces tienen algo de revolucionarias, pero casi nunca nada de "gobierno", pretendían definir la Universidad como un "agente de cambios sociales", definición a todas luces abusiva e insuficiente. Los tradicionalistas no querían apartarla de su función básica: propagar, mantener y acrecentar la cultura y el reconocimiento. Desde luego, la primera posición se limitaba a sí misma negándose de hecho; la segunda pretendería, al parecer, ignorar el fenómeno de la urgencia de cambio que caracteriza a nuestra época. Entre esos dos extremos, igualmente irrealístico, precisaba y precisa establecer la nueva medida a que debemos someternos los que bregamos con las Universidades.

Es indudable que la Universidad tiene hasta hoy, pese a cualquier modificación que se le introduzca, la misión de crear y defender valores. Una educación sin valores, deja de ser educación para convertirse acaso en mera instrucción. Esos valores son el bien, la libertad, la justicia, el deber, la ciencia en sí, el

hombre en su dimensión vertical. De otro lado es imposible evitar que, utilizando precisamente los medios de transformación de que dispone, la Universidad deba contribuir al cambio social no necesariamente acelerándolo, que es función política, sino clarificándolo, sistematizándolo y enriqueciéndolo.

Hubo acuerdo final, y nadie disintió de ello, en considerar que la Universidad es, primero que todo, creadora de valores. Se agregó que esos valores absolutos en sí podían admitir aplicaciones relativas. Po-

Cuaderno de Bitácora La Universidad como creadora de valores o agente de cambios sociales

drían, además, combinarse como, por ejemplo: libertad con justicia y justicia con libertad, bien general antes que bien particular, pero, de todos modos, manteniendo el acento en los valores que son lo que nos distingue del "mono desnudo", si admitimos la teoría de la evolución, y de cualquier animal si no cerramos los ojos a la existencia de una escala zoológica, en cuya cúspide, aparte y por encima, se encuentra el hombre.

Pero, de otro lado, al admitir esa limitación o precisión de valores sustantivos, se contribuye a incrementar otra función de la Universidad: la de poder ser, subsidiariamente, un "agente de cambios sociales e individuales". Subrayamos la palabra "subsidiariamente". No ya en papel definitorio, sino accidental. Complementario no supletorio. Por tanto, el embeleco levantado por los improvisados regentes de una educación cuya raíz y ámbito ignoran, los factuales y neofascistas de hoy, deben ceder ante una realidad inevitable: la teoría del valor humano. Sin lo cual no cabe otro cambio que el retrógrado, o sea que podría retrocederse, mas no avanzar.

El debate se llevó a cabo con seriedad, con objetividad. Una reunión de gente experta en temas educativos no puede dejarse arrastrar por la ley del péndulo, o sea, por la de ir de un extremo a otro, sin parar jamás en el centro, donde se generan las pausas creadoras.

Además, nos colocó frente a otro hecho: el desarrollo parecería ser para algunas personas, no un ideal, propósito, meta u objeto, sino un fanatismo. Todo fanatismo es perjudicial y, al fin y al cabo, degradante. Con fanatismo se crean religiones, místicas, pero el desarrollo es un hecho objetivo y racional. La ciencia y la técnica son platos que se comen fríos. La Universidad no es una refrigeradora, pero a veces, actuar como tal, sirve para utilizar mejor grandes reservas, actualizadas sin interrupción ni tardanza, por un conjunto de circunstancias e implementos, el primero de los cuales se llama humanismo, y el otro, con el que se aparea y procrea, ciencia.

Luis Alberto SANCHEZ

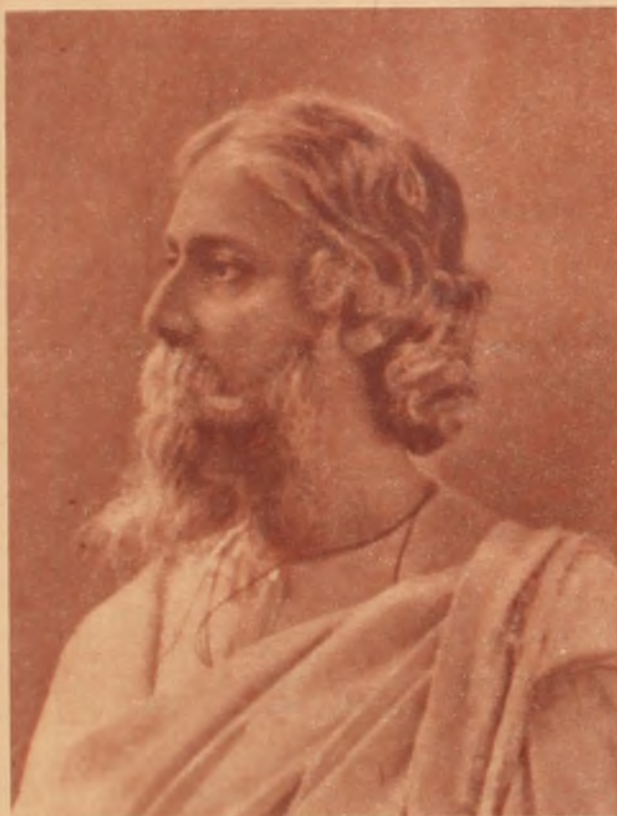
(Especial para EL DIA)

mirador

Izquierda: El venerado recuerdo de Gandhi sigue siendo fuente de energías morales para el mundo

Derecha: En las ciudades actuales de la India, la superstición y el atraso viven en pugna con el progreso moderno

Abajo: Rabindranath Tagore, el iluminado autor de "La Luna Nueva"



Rabindranath Tagore

Luego, vino lo del Gandhi. El Gandhi medio desnudo, con sus anteojos baratos y su cabrita lechera, inventó la más atrevida filosofía de su tiempo provocando una multitudinaria revolución sin violencia, una guerra blanca en donde los ayunos reemplazaban a los cañones. Con semejantes elementos desafiaba al más grande de los imperios de su tiempo —el británico— lo mismo desde las calles libres que desde la cárcel. Flaco hasta la transparencia, desdentado, y hecho de arrugas, decía que las más profundas lecciones de su vida las aprendió de su madre analfabeta. Con esos elementos provocó el derrumbamiento del imperio inglés en la India. La vida del Gandhi escrita por Romain Rolland, mantuvo en nosotros la imagen poética transformada o transfigurada en clamor de justicia. El día en que se entregó a las llamas su diminuto cuerpo —la pira se formó con troncos de sándalo— del paso de su sombra no quedó sino un tapete de pétalos. Detrás se movía la más cerrada muchedumbre que recuerde la historia. Un perfume de leyenda se difundió por el mundo.

Y vino luego la luna llena. La claridad sin fuego que hace más visibles las sombras que las luces. El testimonio multitudinario de un continente que vagaba perdido en la floresta de los poemas del Jardinero, envuelto en el humo de la hoguera de sándalo. El primer aviso lo dieron —hay que ser justos— los ingleses. Sir John Simon había ido a la India presidiendo una comisión de sabios para estudiar una posible constitución política. Lo que descubrió la comisión fue un continente desconocido, en donde se hablaban quince lenguas y había fieles hindúes, musulms, cristianos, budistas, judíos, sikhs, parsis, jainos, etc. En los tiempos de Sir John Simon con un solo idioma —la situación aún no se ha modificado radicalmente— no era posible recorrer toda la India. Había —y hay— provincias cerradas que sólo se entendían en telegu, bengali, marathi, tamil, urdu, gujarati, kannada, ma-

layo, oriya, punjabi, asamese, khashimiro, sindhi o sánscrito...

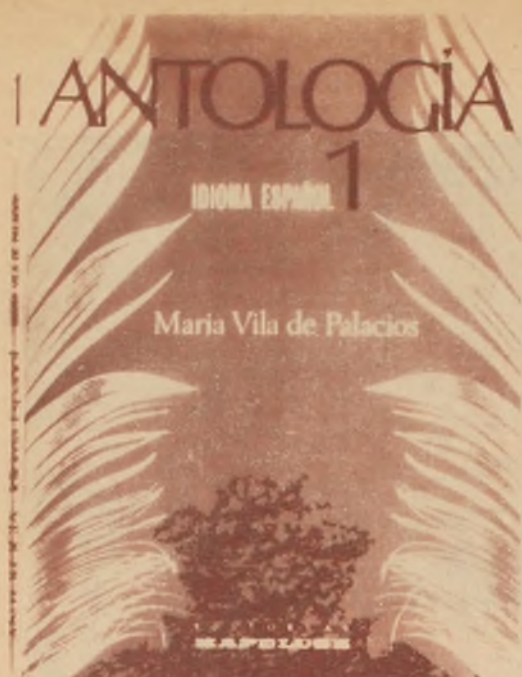
*

Inglaterra penetró en la India con la compañía de Indias Orientales hace más de tres siglos. Luego Portugal le dio a la princesa Catalina como dote, cuando se casó con Carlos II, a Bombay, y en 1690 compró a Calcuta. Hasta ahí, todo formaba parte de algo que parece un cuento. Culminó cuando Disraeli logró que la reina Victoria fuera coronada —¡y con qué corona de diamantes!— emperatriz de la India. Pero a comienzos de este siglo Lord Curzon dividió Angala y separó como le dio la gana a islámicos de hindúes. La agitación comenzó hasta parar en la Independencia. Hoy, la India de Tagore se pierde en la distancia infinita, y la que ven los viajeros, cada día más numerosos, y aparece en los diarios, toma una consistencia humana insospechada.

La India de hoy es la de 537.000.000 de habitantes —la Unión Soviética tiene apenas 233— con dos ciudades monstruosamente grandes: Calcuta y Bombay— 6.700.000 y 5.741.000. Cinco ciudades más pasan del millón de habitantes, y hay 2.700 ciudades y 567.338 municipios. El número —cuando logran reducirse a número las cosas innumerables de la India—, es el hecho determinante en la nueva imagen de la India. Hay una revolución en marcha, crece la industrialización, se transforma la agricultura, se multiplican las escuelas, pero el forcejeo entre la pobreza heredada y la ambición renovadora forman un drama que no pasó por la mente de los soñadores de hace cuarenta años. Hoy, para ver la antigua imagen poética, hay que hacerla pasándola a través de los siete velos de 537 millones de habitantes en que cada habitante es un problema. — (ALA).

Germán ARCINIEGAS

(Exclusivo para EL DIA)



ANTOLOGÍA — Idioma Español 1 — por María Vila de Palacios. Ed. Kapelusz, Montevideo, 1970. 222 págs. Distribuye: Kapelusz Uruguay, Avda. Uruguay 1333.

Muy buen material de lecturas esgodiada en vista a la enseñanza del Idioma Español según nuestros planes de 1941 y 1963 (Liceos Pilotos), así como al curso de Lengua de la Universidad del Trabajo, se reúnen en este libro de la Prof. Palacios, con la novedad de autores americanos modernos, junto a clásicos de vigencia universal. Un encomiable eclecticismo preside la selección, abarcando: 1) Narración. Descripción. Retrato. Paisaje. Diálogo. Cuento; 2) Ciencias sociales: Historia. Geografía. 3) Ciencias sociales: Educación moral y democrática. 4) Ciencias naturales. 5) Ex-

presión artística: musical, plástica, y 6) Un Apéndice con cinco cuentos de autores uruguayos. Los compatriotas presentados en la obra son: Amorín, José P. Bellán, Josefina L. A. de Blixen, Sarah Bello, Julio J. Casal, Dossetti, Felisberto Hernández, Juana de Ibarboure, Rolina Ipuche Riva, José Lucas, I. Mas de Ayala, Generoso Medina, E. Oribe, Quiroga, Carlos Reyes, Rodó, Norma Suiffet, María Eugenia Vaz Ferreira. Notas, comentarios, datos biográficos, constituyen buena guía para el profesor y el alumno, y en conjunto, la Antología ofrece un estimable valor didáctico.

En torno a Enrique Amorín



EN TORNO A ENRIQUE AMORÍN — por Brenda V. de López. Montevideo, 1970. 118 págs.

La vasta y dispersa obra de Amorín encuadra en este volumen un útil propósito de ordenación bibliográfica, emprendida con devoción y respeto por la autora. Dice en la Introducción: "Escapa a la mejor intención alcanzar una semblanza precisa y un juicio definido de la obra,

dada su variedad. Se procura presentar los acontecimientos de su vida así como su rica y diversa producción en forma cronológica ajustada. Asimismo se pretende examinar someramente con espíritu objetivo, algunas de sus obras de ambiente uruguayo. Con el logro de tales fines, basta para que se convierta en una fuente de consulta recomendable, para mejor ubicación del lector frente a la creación literaria del gran narrador uruguayo.

trabajos con materiales plásticos



TRABAJOS CON MATERIALES PLÁSTICOS — Ed. Kapelusz, Bs. As. 68 págs. Distribuye: Kapelusz Uruguay, Uruguay 1333.

Simpático manual, que invita a realizar los juguetes y objetos que propone, en poliestireno ex-

pandido, según explicaciones fáciles y accesibles. Animalitos, trenes, calefitas, casas de muñecas, capillas, árboles de navidad, nacimientos, surgen como una alegre tentación al quehacer manual, en breve volumen muy bien ilustrado.

EN BUSCA DE SILVANO — por Juan M. Fortunato. Montevideo, 1970. 73 págs.

Bajo la advocación del áureo consejo rubendariano — "La gritería de trescientas ocas no te impedirá, silvano, tocar tu encantadora flauta, con tal de que tu amigo el ruiseñor esté contento de tu melodía" — este breve volumen de prosas y verso delata su adhesión al acento modernista, que si a su hora produjo lo que estéticamente se aguardaba de él, resulta ahora un poco desubicado de nuestro tiempo. Pero, como dice el poeta, no importa si el ruiseñor — y el autor — así lo prefieren.



Recibimos.

O ARBOL DE FUEGO Nº 28 — M. C. Suárez: "El bosque de fuego" Caracas, 1970.

O ARBOL DE FUEGO Nº 29 — A. del Villar: "Inmensa playa consagrada a Whitman". Caracas, 1970.

O OCCIDENTALMENTE TRISTES — por Rafael Arias Michelena. Poesía. Grupo Caminos. Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1969.

O EPISODIOS EN TORNO A LA OCUPACION INGLESA EN MALDONADO EN 1808 — por Carlos A. Zubillaga Barrera. "Centro de Estudios del Pasado Uruguayo". Montevideo, 1970. 33 pgs.

Este joven y ya prestigioso historiador reúne en pocas páginas interesantes informaciones y datos de un importante período del pasado nacional, con documentación seria y ordenada.

El Mundo en el LIBRO

por WRIOTHESLEY



RELEYENDO

No es morir lo importante

¡Ochenta años! Gran edad, y que yo no creía mucho alcanzar cuando a la edad de dieciocho años el médico militar que acababa de auscultarme, me dijo: "No, no puedo aceptarle; usted es demasiado frágil". Insistí. Terminó por aceptar mi compromiso, añadiendo sombrías predicciones. Como tantos hombres débiles, he durado. ¿Por qué? En parte, a mi parecer, porque he llevado a cabo una vida de trabajo ininterrumpido, que me ha impuesto una disciplina severa. Sobre todo, porque mi maestro, Alain, me había enseñado el deber de ser feliz. He sufrido duros desengaños, como todo el mundo. Siempre he hecho lo posible por olvidarlos. El buen humor ha mantenido la buena salud.

Alguien me ha dicho: "¿Por qué seguir trabajando? ¿Por qué se esfuerza usted tanto? Haga lo que haga, su obra ya está realizada". Probablemente es verdad, pero después del amor y la amistad, el arte me ha dado las mayores alegrías. No quiero privarme de ello en mis últimos años. Se puede siempre tratar de hacerlo mejor. A pesar de mi edad, formo proyectos. Quisiera escribir mis *Mémoires*, de las que apenas he esbozado el comienzo; quisiera, en una serie de novelas cortas, hacer reaparecer los personajes de mis novelas y mostrarlos tal y como son ahora, treinta años después; quisiera componer un pequeño tratado sobre la acción; quisiera... Esto no tiene fin, y mis cuadernos contienen una lista de proyectos que me llevarían hasta los cien años.

Sé que muchos de estos proyectos no verán nunca la luz; sé también que uno de estos libros quedará inacabado, interrumpido en el más bello momento por el fin del autor. ¿Pero qué importa? No es necesario, para emprender una cosa, tener la seguridad de terminarla. La felicidad consiste en concebir y comenzar. ¡Felizmente! Porque el joven no tiene más certidumbre que el anciano de que llegará hasta la última palabra: FIN. Y si un día yo no tengo ya la fuerza, o el deseo, de crear una obra nueva, me quedará el recurso de corregir las obras antiguas, y también el de releer a los maestros que me han ayudado a entrever la naturaleza y la vida. Porque tengo tantos amigos seguros entre los muertos como entre los vivos.

Una última pregunta: "¿Tiene usted miedo de la muerte?" La muerte de los que yo quiero me parece la mayor de las desgracias. Pero la mía... La muerte no es un pensamiento. Imaginar su propia muerte, sería ver a la vez un mundo donde no se estará ya y contemplar uno mismo ese mundo. Es imposible. "Y sin embargo, se dirá, es necesario morir". Yo respondo: "Lo importante no es morir, es vivir hasta el fin". Morir, es, textualmente, aterrorizar; más que nunca, es preciso que el piloto siga en los mandos.

André MAUROIS
(Francia)

CAMUS EN SU CALIGULA LITERARIO Y OTROS ENSAYOS. — por Juan C. Gómez Brown. Ed. Barreiro y Ramos S. A., Montevideo, 1970. 78 págs.

El título corresponde al último ensayo que recoge el volumen (no comprendemos muy bien el alcance que da el autor a ese "Caligula Literario"), que se inicia con una revisión

de tres maestros de la novela francesa (Balzac, Bourget, Proust); sigue con un estudio de Reyes en la Europa de fines del siglo XIX; intercala crónicas publicadas en "Acción", el citado ensayo sobre Camus, y una selección de opiniones sobre la obra del autor. El libro carece de unidad, como se desprende de los temas apuntados.

Sensación

Tarde azul del estío, iré por los senderos,
picoteado de espigas, y hollando breves hierbas,
y al sentir, soñador, la frescura a mis pies
le dejaré a los vientos mi cabeza desnuda.

Ni una palabra dicha, ni una idea pensada,
mas subirá en el alma el amor infinito,
e iré lejos, muy lejos, al igual del bohemio,
feliz, por la Natura, cual con una mujer.

Arthur RIMBAUD

Marzo de 1870.

(Traducción parafrástica por C. Sebati Ercasty)

LAS MUJERES DE OPAR NO SON TAN SALVAJES COMO LOS HOMBRES... LAS ANTEPASADAS DE LA FUERON SUPREMAS SACERDOTISAS Y SELECCIONABAN SIEMPRE A LOS MAS NOBLES COMO ESPOSOS... ELLA...

M.R.

Tarzan

Por EDGAR RICE BURROUGHS

¡OIGAN!

¡AHÍ VIENEN LOS HOMBREBESTIAS! ¡LUCHAMOS! ¡NOS RENDIMOS!

LOS HOMBREBESTIAS NOS RETIENEN PARA SACRIFICARNOS EN LA BODA DE LA REINA LA. ¡SI QUEREMOS LA LIBERTAD TENDREMOS QUE LUCHAR POR ELLA! ¡NO TIENEN COMPASIÓN! ¡HAY QUE TOMAR UNA DECISIÓN RÁPIDA!

¡RETÍREM AARGO GUND!

¡A LA LUCHA! VIENEN A CONDUCCIRNOS AL SACRIFICIO...

... Y LOS ABRUMADOS CAUTIVOS FUERON CONDUCCIDOS HASTA UNA SALA MACABRA DONDE AGUARDABA LA REINA LA.

Tm. Reg. U. S. Pat. Off.—All rights reserved
© 1960 by United Feature Syndicate, Inc.

¡PERO LOS HOMBREBESTIAS PRONTO DOMINARON HASTA EL AMO DE LA SELVA!

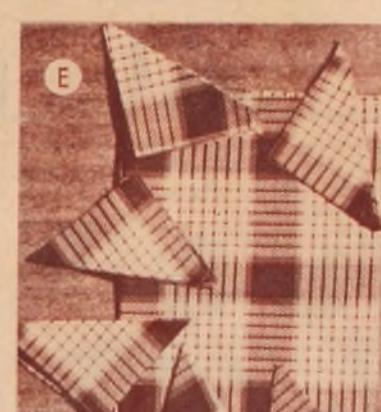
Russ Manning
8-24
#2007

En su barrio, para su comodidad, una agencia de avisos económicos de **EL DIA**

• CIUDAD VIEJA, 25 de Mayo 619 • CENTRO, Río Branco 1212; 18 de Julio y Yaguaron • CORDON, Av. 18 de Julio 2022; 8 de Octubre 2676 • PUNTA CARRETAS, Brito del Pino 810 esq. 2 de Septiembre • PARQUE RODO, Constituyente 2017 (Ag. Petraglia) • POCITOS, Juan Benito Blanco 827 Bis • TRES ESQUINAS, Comercio 1821 • MALVIN, Orinoco 5048 y Michigan • PUNTA GORDA, Avda. General Paz 1421 • CARRASCO, A. Schroeder 8465 • UYUON, Av. 8 de Octubre esquina Abreu (Kiosco Unión); Av. 8 de Octubre esq. Pl. 130; (Kiosco Maroñas) • LA COMERCIAL, Av. Garibaldi 2559 • GOES, Av. Gral. Flores 2942 • CERRITO, San Martín 3491 • ITUZAINGO, Av. Gral. Flores 4995 • PIEDRAS BLANCAS, Cuchilla Grande y T. Rinaldi • ARROYO SECO, Av. Agraciada 2612 Bis • CAPURRO, Uruguayana 3513 • PASO MOLINO, Avda. Agraciada 4109 • AGUADA, Sierra 1906 (Agencia Progreso) • FRADO, Cno. Castro 838 c. Millan • PENAROL, Aparicio Saravia 4667 casi Avda. Sívago • COLON, Av. Garzon 1934 • REDUCTO, Guadalupe 1490 • RIVERA, Avda. Rivera 2621 • VILLA DOLORES, Francisco J. Muñoz N° 3412 Bis • CERRO, Avda. Carlos M. de Cárdenas 1686 esq. Grecia • EN EL INTERIOR — CANELONES, Treinta y Tres esquina Poso; Plaza 18 de Julio (Kiosco Isnaldi) • SANTA LUCIA, Bazar "El Trebol", Rivera 488 Bis • LA PAZ, Avenida Batlle y Ordóñez 215 (Bazar Jorgito) • LAS PILDRAS, Avda. Artigas y Lavalleja • LIBERTAD, Plaza E.ación Ferrocarril (Kiosco Lunito) • PANDO, General Artigas 895 • LIBERTAD Carretera Colonia Km. 10 • SAN JOSE, Mensajería • PARQUE DEL PLATA, Calle 2 esquina H • AGENCIAS NOTICIAS "EL DIA" EN PAYSANDU, SALTO, RIVERA Y PUNTA DEL ESTE

En el Hogar, cuando las Fiestas llegan...

ESTA Soler EN LOS REGALOS!



- (A) POPELINA estampada Polyester en di-
 seños exclusivos de múlti-
 ples tonos, ancho 0.90 \$ **450**
 (B) SHANTUNG de seda estampado, selec-
 ción diseños 1971, de ele-
 gantes tonos, ancho 0.90 \$ **630**
 (C) VISO KAYSER en nylon, mo-
 delo clásico, varios colores \$ **980**
 (D) MALLAS PIRATE gran variedad de mo-
 delos en delicados dise-
 ños muy actuales \$ **2.500**

- (E) JUEGO MANTEL en tela vasca, medi-
 da 1.40 x 1.40, con 6 ser-
 villetas \$ **990**
 (F) MANTA PICADILLY en pura lana, di-
 seños escoceses muy va-
 riados y modernos \$ **1.990**
 (G) BUZO manga corta en algodón, niña o
 varón, talles 10/16 \$ 550,
 talles del 2 al 8 \$ **450**
 (H) VAQUERO Sanforizado, ni-
 ña o varón, varios colores \$ **780**

- (I) PAÑUELOS en estampados
 exclusivos, desde \$ **750**
 (J) PARAGUAS tela importada, sólido va-
 rillaje, en una brillante
 gama de colores \$ **1.500**
 (K) SHORT "Cavanah's" confeccionado en
 Acrocel, variedad de colo-
 res muy modernos \$ **990**
 (L) CAMISA "Fox" algodón pe-
 ruano, varios colores \$ **990**

COMPRE LO QUE USTED
 DESEA CON LAS VENTAJAS DEL
Crédito Soler

SARANDI

CENTRO

CORDON

UNION

AGRACIADA

LAS PIEDRAS